

AC 13 37

Las características del subdesarrollo. Guionista, Francisco J. Paniagua Soto. Fecha de emisión, 13 de marzo de 1981.

El análisis de los rasgos distintivos de los países subdesarrollados exige, en primer término, la exposición de una definición clara y comprensiva de qué es el desarrollo económico. Porque, por supuesto, no debe confundirse el desarrollo con el crecimiento económico. Son dos conceptos distintos, aunque el primero no pueda darse sin el segundo.

El término crecimiento económico es, por así decirlo, un término que hace referencia a la cantidad. Más concretamente, cuando se alude al crecimiento económico, se está dando a entender una evolución en las cifras de producción, o, lo que es lo mismo, se está informando de una mayor producción, e incluso de algo más. De hecho, el crecimiento económico puede ser, además de una mayor evolución en términos productivos, un mejor y más óptimo aprovechamiento de los factores productivos, así como una elevación en la eficacia de su utilización.

El desarrollo económico, en cambio, es un concepto más amplio. Abarca, como se ha dicho, el crecimiento en la economía. Es más, esta es una condición sine qua non, pero también se materializa en un cambio cualitativo.

De una manera sintetizada, podría decirse que el desarrollo económico implica un crecimiento en los bienes y servicios producidos, y la existencia de un cambio social. Las definiciones de desarrollo económico son abundantes. A este respecto, no es exagerado decir, que quizá haya tantas como autores se han ocupado del tema.

Entre ellas, sin embargo, hay diferencias notables. Unas son más ilustrativas y comprensivas que otras. Para no introducir confusiones innecesarias, aquí se ha seleccionado una que, en opinión de muchos tratadistas, reúne ambas cualidades, la comprensión y la clarificación.

Naturalmente, nos estamos refiriendo a la definición de Higgins. Según este especialista en desarrollo económico, por tal ha de entenderse... El incremento perfectible de la renta total y per cápita, ampliamente difundido entre los grupos de empleo y las regiones, y que se mantenga al menos durante dos generaciones. Ciertamente es que, muy bien, pueden presentarse fluctuaciones alrededor de una línea de tendencia a largo plazo, pero un incremento de la renta durante un decenio o dos, seguido de una recaída en el estancamiento crónico durante largos periodos, no constituirá desarrollo.

El proceso se verá acompañado por cambios estructurales y las discrepancias existentes en cuanto a la productividad entre sectores y regiones se reducirán a la par que mejoran la educación y la salud. Puede verse, pues, que el desarrollo económico se enuncia, aparte de otras exigencias, como un aumento perceptible de la renta total y la per cápita. Esto quiere decir que es la renta, y no otra magnitud, la que mide el nivel de desarrollo económico

alcanzado por los diferentes países.

Pero, ¿qué renta? ¿Es la renta per cápita la renta nacional, o ambas clases de renta? Se asegura que sobre este particular no existe unanimidad. En el caso de Higgins, es claro que, de lo visto, puede inferirse que son estas dos magnitudes, utilizadas simultáneamente, las que mejor reflejan el grado de desarrollo económico. Para otros especialistas en PERO, la medida óptima no es la facilitada por este empleo conjunto, sino que, según cual fuere su proponente, será la una o la otra, en sentido excluyente, la que proporcionará una medición de mayor precisión.

Meyer y Baldwin, por ejemplo, opinan que la mejor medida posible la suministra la Renta Nacional Real, junto con los cambios institucionales, tales como los experimentados por la distribución de la renta y la riqueza, los gustos, la composición de la producción, etc. Kinleberger, por el contrario, tiene otro criterio distinto. Considera que la verdadera medida del desarrollo de un país es la que deriva del uso de la renta per cápita, ya que no sólo proyecta con más diaphanidad la eficiencia productiva, sino que también capta mejor los niveles logrados en los objetivos económicos trazados.

Al margen de estas enconadas disquisiciones teóricas más o menos fundamentadas, lo cierto es que algunos foros internacionales relacionados con tan trascendental estudio, por ejemplo, las Naciones Unidas, ya hace tiempo que optaron por el indicador Renta per cápita. Concretamente, desde 1949, este organismo supranacional cataloga los países en desarrollados y subdesarrollados, en función de la cifra de renta por habitante. Por lo demás, para no pocos tratadistas, este número divisorio entre el mundo desarrollado y subdesarrollado podría rondar los 500 o 600 dólares de Renta per cápita.

La Renta per cápita es, a la sazón, la medida más utilizada y quizá más expresiva de todas cuantas puedan emplearse en los estudios comparativos de desarrollo económico. Con todo, reducir toda la complejidad de este fenómeno a un solo indicador puede introducir serios sesgos en el análisis. Ocurre que hay países que, por la explotación de especiales recursos naturales, presentan productos nacionales y rentas per cápita de elevados niveles, pero no son países desarrollados.

En ellos, la mayor parte de la población vive en circunstancias de lamentable penuria económica, los niveles de educación siguen siendo bajísimos y el estado de salubridad puede considerarse casi de emergencia. Este paupérrimo panorama contrasta, sin embargo, con la opulencia de algunas bolsas de prosperidad, precisamente las zonas donde se ubican los recursos naturales explotados en gran escala. La de estas zonas es una población económicamente rica, saludable desde el punto de vista médico y con unos niveles de educación equiparables a los de los países más avanzados del globo.

Casos de naciones con semejantes contrastes hay muchos. Entre todos ellos, tal vez los más palmarios sean Venezuela y Kuwait. No es desconocido para casi nadie que estos países cuentan con enormes yacimientos petrolíferos.

Son, por ende, países enormemente ricos en términos de producto nacional y renta per cápita. Pero sólo según esos baremos, porque, como se sabe por las estadísticas de la Organización Mundial de la Salud, en ellos la renta y la riqueza están injustamente distribuidas. Una gran mayoría de la población padece desnutrición, los niveles de educación y de salud son bajísimos, etc.

De lo visto puede colegirse que la renta per cápita es ciertamente expresiva, pero no lo suficiente como para medir en toda su amplitud el desarrollo económico de un país cualquiera. A estos efectos es necesario conocer también las características del subdesarrollo y por contraposición del desarrollo económico. Veamos a continuación cuáles son los rasgos distintivos de los países que conforman la categoría de subdesarrollados.

En primer término, puede decirse que el sector predominante es la agricultura. Esta hegemonía se manifiesta, sobre todo, en que una gran mayoría de la población laboral de estos países está ocupada en las faenas propias y derivadas del sector agrícola. Un sector, por lo demás, que, contrariamente a lo que pudiera pensarse, se muestra claramente ineficaz.

Un indicio claro de esta afirmación lo proporciona la bajísima productividad del trabajo. Actualmente se estima que el producto por persona en los países pobres es de 10 a 20 veces inferior al correspondiente a los países desarrollados. Un segundo rasgo diferenciador del mundo subdesarrollado reside en su bajísimo grado de integración tecnológica y regional.

En realidad, esta categoría de países se caracteriza por la existencia de un doble dualismo. Desde el punto de vista tecnológico, efectivamente, las áreas subdesarrolladas presentan una economía dividida en dos sectores, evidentemente diferenciados. Un sector tan moderno y adelantado como los países desarrollados y otro con un atraso secular que lo retrotrae al más absoluto primitivismo.

Dentro del sector tecnológicamente avanzado se encuadran naturalmente los yacimientos de petróleo, la minería, la producción agrícola mecanizada, el comercio y, como no, todos los servicios conectados con esas clases de actividades. Por otra parte, es preciso reiterar que las diferencias de este sector con las economías desarrolladas son escasas. A semejanza de estas, las actividades del sector líder de los países atrasados son intensivas en capital y el tipo de organización empresarial es también la sociedad anónima.

Asimismo, tampoco hay divergencias sensibles en cuanto a la productividad laboral y el nivel tecnológico. En los sectores atrasados de las economías subdesarrolladas, el panorama, como puede imaginarse, es opuesto. En términos concisos, cabe apuntar que en ellos se incluyen las actividades tradicionales, a saber, la agricultura rudimentaria, las labores artesanales y, en general, los servicios asociados con tales actividades.

En consecuencia, son sectores que emplean técnicas productivas arcaicas y que registran una reducidísima productividad. En estrecha relación con el dualismo tecnológico aparece su homólogo, el dualismo regional. Esta característica esencial de los países de bajo nivel de

desarrollo se especifica dentro de un mismo país en el contraste de zonas geográficas con distinto grado de prosperidad.

Mientras que en las regiones ricas, coincidentes, como se ha señalado, con las áreas de ubicación de las grandes explotaciones de materias primas, la renta y la riqueza están relativamente mejor distribuidas y la productividad puede equipararse a la de los países ricos. En las zonas más deprimidas, el poder económico lo ostentan unas cuantas familias a las que la gran mayoría de la población sirve a cambio de unos salarios de subsistencia. La senda del desarrollo económico de esta categoría de países pasa, pues, por la extensión del crecimiento y cambio social a todas las regiones que los componen.

El desarrollo económico no es tal si no es integral y esto significa que en su evolución económica los países que aspiran al desarrollo deben adoptar políticas integradoras tanto a un nivel tecnológico cuanto a un nivel regional. Cuando se habla de desarrollo económico es menester referirse, en tercer término, al nivel de educación de un país. La razón radica en que una mejor y mayor educación, extensiva, naturalmente, a toda la población, es generadora de un progreso económico más elevado y, en otros términos, cuanto más desarrollado es un país más se invierte en educación.

En suma, el examen del nivel de desarrollo económico de cualquier país exige, necesariamente, acudir al indicador que proporcionan las estadísticas educacionales. Como cuarta característica del subdesarrollo figura, claro está, la relativa al desempleo. Y aun cuando los países desarrollados también lo soportan, en algunos casos, incluso con una preocupante intensidad, lo cierto es que el volumen y la persistencia con que se manifiesta en el bloque de países del tercer mundo torna al problema, en una causa grave y permanente, del atraso de los mismos.

Las razones que confieren al desempleo un carácter especial en los países subdesarrollados son varias. La primera, por descontado, es su superior magnitud. En este sentido, se asegura que, en la actualidad, ningún país atrasado podría planear, a plazo medio, 10 años cuando menos, una situación de pleno empleo.

Ello, pese a que contasen, incluso, con tasas de inversión iguales o superiores a las de los países occidentales. Luego, se dan las circunstancias de que las causas del desempleo, en una y otra categoría de países, son absolutamente distintas. Se sabe que, en las áreas desarrolladas, los orígenes del desempleo residen, separada o conjuntamente, en una demanda agregada insuficiente, en una oferta global discordante de la demanda, en las relaciones intersectoriales y en problemas estructurales.

En los países subdesarrollados, en cambio, aparte de esas mismas causas, el problema del paro, según prestigiosas autoridades en la materia, es producto, en gran medida, de la enorme proporción de población activa dedicada a las tareas agrícolas, así como de la patente desintegración económica, esto es, de la existencia de dualismos tecnológicos y regionales. En síntesis, hay que anotar de nuevo que, a falta de otras características distintivas, es recomendable contemplar las estadísticas ocupacionales para conocer el nivel de desarrollo

alcanzado por cualquier país. Finalmente, y como complemento de todos los rasgos distintivos expuestos en relación con el mundo subdesarrollado, a continuación se ofrecen diversos indicadores sociales que pueden dar testimonio de las cotas de desarrollo económico.

Nos estamos refiriendo, particularmente, a las medidas del estado de salud y de la alimentación. De forma abreviada, se afirma que ambos tipos de información pueden coadyuvar a evidenciar situaciones de pobreza, pese a lo elevado de los niveles medios de renta, precisamente, en razón de la escasa provisión de servicios públicos y de la injusta distribución de la riqueza y los ingresos.